

EL CATÓLICO.

PERIÓDICO RELIGIOSO, CIENTÍFICO, LITERARIO Y DE VARIEDADES.

REPÚBLICA DEL SALVADOR EN CENTRO-AMÉRICA.

AÑO X—T. X |

San Salvador, Domingo 22 de Marzo de 1891.

| S. XXXIX—N. 460

REDACTOR Y EDITOR RESPONSABLE

José Antonio Aguilar.

AGENTE GENERAL

Federico Prado.

“EL CATÓLICO,”

deseando conformar sus actos con el espíritu y con las prácticas de la Santa Iglesia católica, apostólica romana, que consagra toda la SEMANA SANTA al recuerdo y veneración de los augustos misterios de la pasión y muerte del divino Redentor, suprime en el presente número sus ordinarias secciones, para destinarlo todo á aquellos dogmas fundamentales de nuestra fé.

En estos días santos, en que recordamos el sacrificio infinito del Calvario, todos los católicos debemos asociarnos á los sentimientos de la Iglesia en la celebración de estas solemnidades, suspendiendo nuestros ordinarios negocios temporales para ocuparnos de los eternos intereses de nuestra alma; debemos tener un solo pensamiento, un solo corazón, una sola idea: el recuerdo de los dolores, afrentas y tormentos que, por nosotros y por redimirnos, sufrió el Hijo de Dios hecho hombre.

“El Católico,” convencido de la religiosidad de sus lectores, cree que les será muy gratas la supresión de las materias comunes en el presente número, y su ocupación exclusiva en los asuntos religiosos que conmemoramos en esta *Gran Semana*.

Además, se toma la libertad de invitarles, para que con el recogimiento y piadosos sentimientos propios de estos días, asistan á los actos sagrados y cumplan los deberes impuestos á todos en este tiempo.

No retrocedamos ante el miserable respeto humano; no nos avergoncemos de tributar al divino Redentor del mundo nuestros homenajes de adoración y de gratitud, por temor de disgustar á los hombres. Recordemos la amenaza que Él mismo hizo á los pusilánimes esclavos del mundo con estas palabras: *Yo me avergonzaré ante mi Padre celestial, de los que se avergonzaren de mí ante el mundo.*

Debemos asistir á estos actos sagrados con la piedad, recogimiento y modestia que les corresponden; pues asistir á ellos con fines mundanos, con los modales y distracción con que asistiríamos á cualquier espectáculo, sería profanar la santidad de nuestra santa religión, é insultar más bien que venerar los misterios augustos que conmemoramos.

¡Consummatum Est!

Para comprender los beneficios de la Redención, sería necesario comprender primero toda la magni-

tud de la caída de Adán y toda la desventura de los hombres y pueblos antes de Cristo.

Se envanece la moderna sociedad incrédula de los grandes bienes que posee y de algunos sentimientos que la animan, no reparando que todo se lo debe á Cristo, á quien niega, y á su religión que aborrece.

Después de la catástrofe del Paraíso, única explicación del enigma de la historia, los hombres se dispersan; la barbarie y la superstición caen como negra noche sobre todos los pueblos; los más cultos viven entre ignominias degradantes y errores monstruosos; la idolatría todo lo mancha, la esclavitud todo lo esteriliza. No hay verdadera familia, sino tiranía en el hombre sobre sus hijos, reducida la desdichada mujer á vergonzoso envilecimiento: las castas, que establecen las barreras insuperables entre los hombres, aparecen sobre la tierra; las religiones son particulares, de nación, de ciudad, de familia; la filosofía apenas proclama una verdad entre mil absurdos y delirios; y en el orden político y social solo reina la fuerza bruta, sometidos los hombres degradados y los pueblos oprimidos á la voluntad de inicuos déspotas.

Pero muere el Salvador en el Calvario, y todo se transforma; y lo que estaba muerto vive, y lo corrompido se regenera. Desaparecen las castas; mueren las religiones nacionales y particulares; terminan el secreto y privilegio para la enseñanza de los hombres. Dios es padre de todos, y llegada la plenitud de los tiempos, funda la religión, universal, la única religión la que llama y enseña á todos los hombres, y fuera de la cual todas son falsas y vanas, como lo eran antes, excepto aquella antigua y ya muerta, que anunció y preparó la Nueva Ley.

Pasaron sí, las figuras y enmudecieron los profetas. *Consummatum est*, dijo el Salvador en lo alto de la Cruz; y su palabra no ha pasado ni pasará. Él es el término y el cumplimiento de los vaticinios. Él es la verdad: su obra es definitiva y perfecta.

Vaga el pueblo deicida sin príncipe y sin templo, llevando por el mundo el libro de las profecías que sigue cumpliendo al negarlas; fueron borradas de la tierra las supersticiones del gentilismo; permanecen en la barbarie todos los pueblos que no han recibido la luz del Evangelio; y los que, después de haberla recibido, la rechazan, vuelven á las tinieblas y viven entre zozobras de muerte, sin haber inventado nada con qué suplir, en parte siquiera, la obra de Cristo.

Los mismos y mayores absurdos proclama la filosofía hoy que en los tiempos helénicos y en las antiguas edades indianas. ¿Qué es el hombre? Qué

el mundo? ¿Hay Dios? ¿Quién es?

La filosofía anticristiana lo ignora todo; y habla de las leyes fatales; de conciencia nacida de lo inconsciente; de materia que piensa; de idea que evoluciona; de bestias que progresan hasta convertirse en hombres racionales; de mundo maravilloso sin Artífice inteligente; de muerte universal; de aniquilamiento absoluto. Aquí el materialismo brutal y degradante; allá el panteísmo aparatoso y vano que se resuelve en el mismo error; más allá el escepticismo que, abrumado por los fenómenos, se siente potente para investigar las causas, y nada quiere saber de lo espiritual y de lo infinito.

Y el hombre no puede vivir sin la verdad. Cristo vino á atraerla: Cristo era la verdad, y quiso ser predicado por todo el universo. Pero antes afirmó y probó su misión divina por la profecía y por el milagro; por la santidad de sus enseñanzas y por la prueba de su vida; por sus horribles dolores y por el sacrificio sangriento de la Cruz.

¿Cómo no había de ser Dios aquel Hombre tan Santo, tan portentoso, tan humilde, tan sabio? ¿Quién sino un Dios hubiera podido vivir y morir como él? ¿Quién sino un Dios hubiese enviado á unos hombres ignorantes y sencillos á conquistar el mundo? ¿Quién les hubiera dado fuerza y aliento, fé y esperanza? ¿Quién hubiera trocado su cobardía en intrepidez, su rudeza en sabiduría? ¿Qué hombres se habían congregado jamás al pié de un cadalso, para proclamar que el reo era Dios, y para predicarlo así á todas las gentes y para dar su vida en testimonio de su predicación?

Por cierto que, como se ha dicho ya mil veces, solo la vocación de los Apóstoles bastaría para probar la divinidad de Cristo. Testigos de su vida y de su muerte, de sus milagros y de su resurrección, su testimonio, que todos sellaron con su sangre, es verdadero. No les ofreció Jesús ni les dejó en herencia dignidades ni honores, riquezas ni poder; sino ignominia y pobreza, persecuciones y martirio. Y así marchan contentos, sin otras armas que la Cruz, ni otros ejércitos que su palabra; y surcan los mares, y cruzan las cordilleras, y llegan á las regiones remotas de la India, y establecen en la Roma de los Césares un reino que dura diez y nueve siglos de combate y de ruinas.

El suceso es sin semejante; único en la historia, por su origen, por su naturaleza, por sus circunstancias y por sus resultados. Si en el orden eterno y divino la Redención es la armonía suprema entre Dios y el hombre, en el orden social y humano es asimismo el complemento de toda perfección y el fin de todos los problemas.

Lucharán la ignorancia y las pasiones contra la obra de Cristo; pero si los hombres han de ser libres, será en Él y por Él; en Él y por Él han de ser hermanos; en Él y por Él ha de ser santa la familia, noble el hijo, honrada la esposa; en Él y por Él será aceptada y aceptable la autoridad y hermosa la obediencia; por Él acabarán la esclavitud y la tiranía, las castas y los odios, la ignominia y servidumbre de los pobres, y la barbarie y crueldad de los potentados; por Él será posible una vida social digna de hombres, y no la antigua de víctimas y verdugos, ó de fieras, que se despedazan.

Si el mundo no goza en toda su abundancia y hermosura de estos frutos de la Redención, culpa es de su ceguera y de su malicia. Anté los ojos tiene, dentro de la Iglesia de Cristo, resueltas por el amor todas las cuestiones, y él los cierra para seguir libremente el camino de las concupiscencias. Le enseñan con el ejemplo, y resiste soberbio la imitación; le hablan de humildad, y se deja arrastrar por el orgullo;

de paciencia, y aborrece los dolores; de amor, y le encadena el egoísmo; de abnegación y sacrificio, y está sediento de dominación y de placeres.

Así se explica que el mal, aunque vencido, no haya sido desterrado. Pero los que quieren ser salvos y libres, lo son y pueden ser siempre en Cristo. Su doctrina tiene una virtud para cada desorden; un lenitivo para cada pena; una esperanza para cada infortunio. Y su Iglesia en medio de los hombres imperfectos y á pesar de la imperfección de sus hijos, es modelo de perfección.

Unidad absoluta en su jerarquía; santidad absoluta en sus dogmas y en su moral, esparce por toda la tierra los gérmenes de todas las virtudes, y llena los pueblos de toda suerte de beneficios. Al pobre y al enfermo les da socorro y alegría; al esclavo, libertad; al oprimido, consuelo y amparo; al poderoso, entrañas de misericordia.

¿Cómo un cristiano, digno de este nombre, ha de mirar con desprecio, ni oprimir al desvalido, sabiendo que es hermano suyo, redimido por la sangre de un Dios que está muy especialmente en los pobres y en los humildes, de quienes será vengador inexorable? ¿Cómo ha de mirar con horror ese trabajo y las privaciones, un discípulo del que, siendo Rey universal de lo criado, se anonadó hasta tomar la forma de siervo, y vivió del trabajo de sus manos, y careció de todo, sin tener ni una cueva propia, como la tienen las raposas del bosque, y murió confundido con los facinerosos, en los tormentos y afrentas de un patíbulo?

¡Bienaventurados los pobres de espíritu; bienaventurados los misericordiosos; bienaventurados los que lloran y sufren persecución! Estas palabras no se las había oído hasta que las pronunció Cristo, que viéndose pobre y perseguido y muriendo desnudo y atormentado, confirmó su divina verdad, suprema esperanza de los que moran en este desierto de tribulaciones.

En vano se fatigarán los entendimientos en buscar luz fuera de ésta, y los corazones para encontrar paz. Donde no reine Cristo, hay tiranía en el que manda y rebelión en el que obedece: donde su ley no se acata, hay abuso en el poder; despotismo en la fuerza; afán de goces presentes; repugnancia al sufrimiento; deseos insaciables; espíritu de venganza; delitos y crímenes; rencores, odio y guerra incesante entre los hombres.

La moderna lucha entre el capital y el trabajo, entre los pobres y los ricos, no es más que un efecto lógico del olvido en que está la doctrina evangélica. Si no hay Dios, si Cristo no es Dios; si no hay más vida que la vida terrenal, ¿cómo ha de tener piedad y generosidad el poderoso? ¿Cómo ha de vivir contento el que sufre y padece? ¿Cómo ha de resignarse á las privaciones y angustias? ¿Quién podrá evitar que se lance sobre los bienes que están á su vista, con el ímpetu del tigre hambriento que se arroja sobre su presa?

No; la economía, la ciencia toda y todo el poder de los hombres no sabrán conjurar el conflicto que tiene en perpetua alarma á los pueblos. La solución está en el amor, en la caridad, en la virtud; y la ciencia humana no da estos frutos. Sin ellos, el mundo será un vasto campo de batalla en que la fuerza sola decidirá; y ¡ay! de la sociedad si en vez de la palabra de Cristo que dice: "Amaos los unos á los otros como hermanos," solo se oye el grito salvaje del egoísmo que proclama la lucha por la existencia. Ruinas, sangre, catástrofes y desolación, será lo único que, apartados de Cristo, obtendrán los humanos esfuerzos.

Sin Cristo, los cimientos de la casa son arena de-

leznable, y débil y roto vallado los muros de la ciudad. Él solo es fortaleza verdadera y seguridad inviolable. Fía el príncipe en sus ejércitos, y su propio palacio alberga al rencoroso que le asesina: descansa el poderoso en sus riquezas, y alimenta á los monstruos que las reducen á ceniza en un instante. Y el problema continúa en pié, sombrío y terrible, despues de venganzas estériles; y sigue el mundo lleno, más lleno aún que antes, de pobres, de oprimidos y de desgraciados.

La ceguedad de entendimiento, la perversidad de corazón que hay entre los hombres dan espanto. ¿De qué os extrañais, ricos sin piedad, que habeis arrancado la fe al pobre, quitándole la esperanza en un mundo mejor, y la paz y la alegría en las penas? ¿De qué os quejais, si habeis cometido inicuos despojos para allegar riquezas, y no vivís sino para aumentarlas? ¿A dónde os volveis, si dejasteis y abandonasteis á Cristo?

Pedid, pedid hierro y fuego y soldados que os defiendan: un dia se volverán en favor de vuestros enemigos.

Y vosotros, pobres sin virtud, que huís del dolor y aborreceis la privación, teneis el alma llena de rencores, ¿qué esperais, desdichados, si al fin de vuestro triunfo, solo hallaríais mayores privaciones y tormentos? ¿A dónde vais lejos de Cristo, único maestro y amigo de los que sufren, y lejos de su Iglesia Santa, única amparadora de los pobres?

La desigualdad social es condición de la vida: con la ley de Cristo puede hacerse ligera y suave. Buscad y busquen los de buena voluntad el remedio de los males que os aquejan, y donde el remedio no alcance, supla la fraternidad cristiana, y no os pese tener, al cabo, que sufrir por el amor de Dios que os redimió y os consoló.

La tierra no es mansión de delicias, sino lugar de destierro. Esta sencilla verdad, patente á los ojos de todos, es la clave del enigma. Si os empeñais en prescindir de ella, el enigma será indescifrable y la esfinge os devorará. Ricos, tened misericordia; pobres, tened resignación. Os lo pide, os lo manda la Bondad infinita, la Sabiduría eterna, que os dió el ejemplo con su vida mortal, y que sabe los caminos del bien y los medios para alcanzarlo.

¡Consumatum est! dijo esa eterna Sabiduría. No hay más allá: no hay más que saber y descubrir en orden á la dicha humana. Trabajad; sed perfectos; pero como vuestro Padre que está en los cielos.

Si mirais á otra parte, en lugar de la perfección y de la felicidad, volvereis á encontrar los horrores de la barbarie y las sombras de la muerte de que fueron librados los hombres por el sacrificio de Jesus.

F. S. de C.

• La muerte de Jesús.

Con sublime y heroica mansedumbre
De un áspero madero ensangrentado,
Pende Jesús, que escucha resignado
Los gritos de la ciega muchedumbre.

Pálido el Sol, por la celeste cumbre
Gira con negras nubes enlutado,
Que al ver al Creador crucificado
Tembló en los aires y perdió su lumbré.

Al exhalar el último gemido,
La tierra vaciló sobre su asiento
Y el piélagó lanzó ronco bramido;

Murió Jesús á impulsos del tormento,
Mas de su muerte triste y dolorida
Brotó el raudal de nuestra eterna vida.

J. D. de Tejada.

¡Oh cruz, Salve, única esperanza!

La Cruz lo es todo para el cristiano.

Como en el blasón de una familia ilustre lee, por medio de sus signos heráldicos, quien sabe leerlos, toda la historia de ella; así en la Cruz, blasón de la familia cristiana, tiene cada uno de nosotros, como en cifra, su glorioso origen, su destino inmortal, el medio efficacísimo y único para conseguirlo.

En la Cruz está escrito nuestro abolengo. Cristianos somos, es decir, hijos de Cristo, que él es el fundador y padre de nuestra raza y del cual tomamos el apellido. Cristianos somos, y el Calvario nuestra casa solariega. Allí, en lecho de crueles dolores, verificóse el alumbramiento del género humano á nueva vida: entroncamos con Dios, por medio de la adopción más gloriosa y con más subido precio comprada; allí de esclavos que éramos, fuimos hechos, no simples libertos, sino hijos y herederos, con derecho á mirarle el rostro á nuestro Dios, y decirle con la seguridad del más firme convencimiento y con la ternura del más entrañable amor:—*Abba Pater!* ¡Padre nuestro, que estais en los cielos!

Si algo somos, pues, y cuenta que mucho somos, á la Cruz lo debemos, por la Cruz y en la Cruz lo adquirimos, por la cruz lo tenemos garantido, en la Cruz tenemos como archivada la ejecutoria de nuestra nobleza.

Pero no es la Cruz tan solo el recuerdo, de nuestra regeneración ó nuevo nacimiento como cristianos; es además la prenda de nuestro destino inmortal.

Es el símbolo glorioso de la victoria de cada uno de nosotros sobre nuestros enemigos. En la Cruz se libró el duelo mortal entre Cristo, representante de la gloria de Dios y de nuestros intereses eternos, y Satanás, enemigo jurado de Dios y de ellos. Y en la Cruz y por la Cruz, venció Cristo y vencimos en El nosotros, y en la Cruz y por la Cruz reina El y nosotros hemos de reinar.

Fué patíbulo un dia, y hoy es trono. Fué arma de combate, y hoy es el cetro real. Lo canta con aire de triunfo aquel hermoso prefacio: "Escogiste, dice, el leño de la santa Cruz para salvación del género humano, á fin de que lo que fuera origen de muerte, lo fuese después de vida, y el enemigo que en un árbol nos venció, en un árbol fuese vencido por Cristo nuestro señor."

Es finalmente, la santa Cruz es no solo recuerdo de nuestro origen y prenda de nuestra definitiva victoria, sino principalmente camino para llegar á ésta con absoluta seguridad y sin riesgo de extravío.

Es la Cruz el símbolo más exacto de la perfección cristiana, que estriba toda en la abnegación y el sacrificio. Es no solo un título de nobleza y una escritura de donación, como antes hemos visto; es además un código de sublimes enseñanzas.

Con caracteres de sangre escribió en ella el Divino Legislador preceptos y consejos, que no salvarán al mundo porque éste no quiere ser salvo, pero que salvarán siempre al cristiano que de veras los practique.

La ley mosaica escrita en dos tablas de piedra es nada en comparación de este libro celestial, cuyo estudio ha convertido en sabios á los más ignorantes, y en filósofos á los niños y á las mujercillas.

Fija la vista en él y atento el corazón á sus inspiraciones, mil y mil inteligencias esclarecidas han conocido lo engañoso de la mundanal ciencia á que servian, y han abrazado nuevo Maestro y adquirido nuevo saber; mil y mil otras oscuras, han sido iluminadas de súbito con insólitos resplandores, y han bri-

llado en la Iglesia de Dios y en la historia con fulgor inmarcesible.

Y no es solo guía la Cruz para conocer la verdad; es también fuerza y calor para practicarla. No es solo luz de la humana ceguera, es también báculo de la humana flaqueza.

Con la Cruz y apoyados en ella, fueron héroes muchos que el mundo reputaba por apocados y ruines; dieron cima á grandes empresas muchos que tenían contra sí y contra ellos todo el poder del infierno; vencieron en lucha desigual á sí propios y á sus contrarios, muchos que sin ella ni hubieran creído posible sostenerse en pié.

Es luz para la inteligencia, calor para el corazón, fuerza para el brazo, arma para el combate.

¡Oh santa Cruz! ¡Oh preciosísimo leño! ¡Árbol de salud! ¡Arma de combate! ¡Enseña de victoria! Seas todo esto, oh Cruz santa, para los que en la disipación de sus devaneos te olvidan! ¡séaslo también para los que en el vértigo de su furor te blasfeman!

Protege á unos; enseña á otros, perdona á todos. En tus brazos siempre abiertos leerá perpetuamente el mundo lo que en ellos dejó escrito la sangre del Hijo de Dios: Fé en el nobilísimo origen del hombre redimido; Esperanza en la consecución de su glorioso fin; Caridad y buenas obras para el logro de este su inmortal destino.

Vuelva á tí el hombre ingrato ¡oh Cruz santa! hoy desdichadamente apartado de tí; vuelvan á tí nuestras almas, en más de una ocasión ¡ay, sí! también desleales! ¡oh Cruz, salve, única esperanza!

¡Séaslo todo para todos, ¡oh santa Cruz! ¡Contigo vivamos, y contigo luchemos, y contigo muramos! En nuestra frente te imprimió en la pila bautismal el ministro de la Iglesia; á nuestros labios moribundos te aplique al fallecer la misma bendita mano; sobre nuestra tumba te plante después de nuestra muerte como prenda de resurrección; brilles á nuestros ojos como signo de predestinación y victoria en el día del universal juicio!

La Semana Religiosa.

Crónica de la Pasión.

Hallándonos á la entrada de Semana Santa, parece sería impropio de cristianos entretenerse hoy en escribir de otros asuntos.

Esta semana que llamamos Santa, porque en ella se obró la santificación del género humano, y por la santidad de los misterios que en ella se nos recuerda, se llama también *Mayor*, y en otro tiempo se la llamó la semana *penosa* ó *de las penas*, y en algunas regiones *la semana de los suspiros*.

Bien merecen los sucesos, de que estos días son aniversario, que los meditemos con afectuoso y devoto detenimiento. He aquí el orden con que acaecieron.

Domingo. Sabiendo los vecinos de Jerusalem y los muchos forasteros que habían acudido para la Pascua, que Jesus venía por el camino de Belfage, salieron á recibirle como en triunfo, acompañáronle con ramos, y alfonbraron el camino con sus vestidos, cantando; *¡Bendito el que viene en nombre del Señor!* En este día obró muchos milagros y por la tarde se volvió á Betania.

Lunes. Por la mañana pasó Jesús otra vez á Jerusalem, dando en el camino los discípulos la lección de la higuera maldecida.

En el templo enseñó causando tanta admiración á las gentes, que los escribas y fariseos, no atreviéndose á prenderlo por temor á la multitud, le presen-

taron muchas dificultades con la esperanza de confundirlo; pero ellos fueron confundidos.

A la tarde salió de la ciudad, retirándose á orar, probablemente en el monte de los Olivos.

Martes. Volvió á predicar en el templo, exponiendo con nuevos parábolas la doctrina del Evangelio, aprovechando con celo divino los últimos días de su vida mortal, y la ocasión de tener allí reunidos una multitud de hombres de diversas y apartadas regiones.

Parece que por la tarde se volvió, quizá, á pernoctar en el huerto de Getsemaní.

Miércoles. Predicó del juicio, de la vigilancia en que hemos de vivir, etc., y en acabando sus discursos, dijo á los discípulos: *Ya sabéis que de aquí á dos días se celebrará la Pascua, y el Hijo del hombre (así solía nombrarse) será entregado á muerte de cruz.* Después se fué Betania.

Al mismo tiempo los enemigos, desesperados de desacreditarlo, como habían intentado, se reunieron en casa de Caifás para discurrir el modo de aporarse de El y de quitarle la vida, sin que el pueblo se amotinase. Allí se presentó el infeliz Judas, impulsado por la avaricia, á ofrecerles ocasión de prenderlo calladamente, vendiendo por treinta dineros á su Maestro y á su Dios.

Juésves. Por la mañana envió el Señor á Pedro y Juan á Jerusalem para que preparasen las cosas necesarias para celebrar la Pascua, que comenzaba en las vísperas de aquel día.

Al anochecer entró en la ciudad con los demás discípulos, y celebró la Pascua de la antigua ley, comiendo el cordero, figura de Él, que es el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Lavó los piés á los Apóstoles, instituyó el Santísimo Sacramento, y descubrióles los dolorosos sucesos que iban á suceder.

Hacia las nueve se marchó Judas á preparar su traición, y Jesús habiendo exhortado á los demás á la humildad y á la unión de la caridad, cerca de las doce de la noche, entró acompañado de Pedro, Juan y Santiago en el huerto de Getsemaní, en donde sufrió aquellas angustias que le obligaron á sudar sangre que regó la tierra.

La Iglesia celebra en este día la institución del Santísimo Sacramento, vistiéndose sus mejores ornamentos, é interrumpiendo la serie de sus cánticos dolorosos. ¡Cuántas gracias pueden alcanzarse á los piés del sagrado Monumento!

Viernes. Hacia la una de la noche Judas llevó al huerto de Getsemaní á los soldados, vendiendo con falso beso á su Divino Maestro, que fué llevado de allí á casa de Anás, y de ésta á la de Caifás.

Nuestro Jesús pasó la noche abandonado á los insultos de la chusma del palacio, en donde para mayor pena, San Pedro le negó tres veces antes del tercer canto del gallo, ó antes de las cuatro de la mañana.

En amaneciendo, los enemigos de Jesús se reunieron y le sentenciaron á muerte, sin guardar ninguna de las formas prescritas para semejantes juicios; pero como no podían ejecutar la sentencia sin aprobación del representante de Roma, llevaron al Señor tumultuariamente á Pilatos, juntado al paso á las gentes de mal vivir, á cuantos de algún modo dependían de ellos, y á toda esa clase de hombres que gritan sí ó nó, según la recompensa que esperan.

Las siete de la mañana serian cuando llegaron á casa de Pilatos, quien conociendo la inocencia de Jesús por una parte, y temiendo por otra el furor de sus enemigos, discutió con ellos, hasta que cerca de de las ocho lo envió á Herodes, creyendo así salirse del compromiso; pero Herodes mandó vestir á Jesús de loco, y le remitió á Pilatos. El cual lo en-

tregó á la rabia de los enemigos para que lo azotasen, tal vez esperando que lo matasen á fuerza de de azotes, y le librasen de dictar sentencia.

De nueve á diez, podemos considerar que se verificaron el azotamiento, la coronación de espinas, y demás oprobios y crueldades del pretorio.

Pilatos quedó asombrado al ver á Jesús tan herido, pero vivo; y con la esperanza de que su vista había de mover á compasión, lo sacó á la vista del público, diciendo:—*Ecce Homo!*

—*¡Crucificalo!* contestó la multitud, embriagada de pasión y aguijoneada por los directores del tumulto.

Pilatos temió perder el empleo; y confesando todavía la inocencia de Jesús, le condenó á muerte, cerca del medio día.

A las doce, Jesús fué elevado en alto y clavado en la cruz, entre dos ladrones para mayor afrenta...

El sol comenzó á ocurecerse milagrosamente, y las tinieblas cubrieron toda la tierra, como siglos antes lo había pronosticado el profeta Amós.

A las tres, el Señor espiró dando una gran voz, argumento de que, aún después de tantos dolores, moría voluntariamente... por nuestro amor.

Los prodigios fueron tantos en esta hora, que muchos judíos bajaron del monte dándose golpes en el pecho, y el Capitán de la guardia exclamó:—*Verdaderamente, este Hombre era Hijo de Dios!*

Aquí comenzó la alegría para los Santos detenidos en el limbo, y la cruel soledad de María Santísima.

José de Arimatea y Nicodemus, previo permiso de Pilatos, bajaron de la cruz el Sagrado Cuerpo, y al anoecer lo sepultaron en un sarpulcro nuevo que aquél había mandado hacer para sí.

E. S.

ALMA ARREPENTIDA,

A LOS PIES DE CRISTO CRUCIFICADO.

Si para amarte corazón de fuego
Me diste, Jesús mio, con largueza,
¿Por qué al considerar tu gran fineza,
Prendado de tu amor no quedó luego?

En medio de la luz, ¿por qué estoy ciego?
¿Rico pudiendo ser, vivo en pobreza?
¿Me envilezco, abrazando la vileza?
¿Ni escucho de tu voz el blando ruego?

¡Iman de corazones! Dueño mio!
Si el volcán de tu pecho no me inflama,
¿Por qué el aura vital respirar quiero?

Açabe ya mi loco desvarío:
O de tu amor abrázame la llama,
O de dolor ante tus plantas muero.

J. de V.

El velo de pureza.

LEYENDA CATALANA.

Era la mañana del viernes, en el cual se cometió la mayor de las iniquidades que se registran en los anales del mundo, y Jesús de Nazaret era arrastrado por las calles de Jerusalem, agobiado bajo el peso enorme de la cruz, y conducido á la muerte por los malos sacerdotes de Judea, por los ancianos oprobio del pueblo de Dios, y por la plebe soez fanatizada

por quien debía servirle de ejemplo y no de escándalo.

Pilatos, el procónsul de Judea, había firmado por cobardía la más injusta de las sentencias, mientras Claudia Procla, su mujer, horrorizada, se apartaba de su marido, diciendo á gritos:

—Pecaste por cobardía, y entregaste á los verdugos la sangre del Justo, la cual caerá gota á gota y por toda una eternidad sobre tu cabeza y la de ese pueblo maldito, raza infame y descreída.

Una matrona de rara belleza, si bien ajada por el dolor, acompañada de otras dos mujeres, cuyos tipos acusaban ser de la misma familia que aquélla, y una joven hermosa que las seguía, atravesaban las estrechas y tortuosas calles de la ciudad de Jerusalem.

Envolviase la Matrona con manto de lana ceniciento, sobre túnica parda; ocultaban su cuello y pecho unas tocas amarillas de cáñamo, y un velo blanco de lino cubría su cabeza, envolviéndola á guisa de turbante, á usanza de las vírgenes de Israel.

El trastorno y la angustia que se notaba en el bello rostro de aquella Mujer; era indecible cuando de pronto palideció más, y aún pareció vacilar todo su cuerpo, de suerte que las mujeres que la acompañaban se apresuraron á sostenerla. Acababa de oírse el fatídico son de una trompeta, y el pregonero á voz en grito publicaba una sentencia de muerte concebida en estos términos:

“En nombre del emperador Tiberio, el procónsul Poncio Pilatos ha condenado á muerte á Jesús de Nazaret, por tener alborotado al pueblo y proclamarse rey de los judíos. El expresado reo de lesa majestad será crucificado, entre los dos ladrones Dimas y Gestas, en la cima del Calvario, á la vista de toda la ciudad de Jerusalem. ¡Paso á la justicia del grande Emperador!”

Aún resonaba la voz del pregón cuando apareció en la esquina numeroso pueblo, descollando por encima de sus cabezas las lanzas de los soldados romanos, y los palos, espadas y porras de la cohorte de los sacerdotes y ancianos de Jerusalem.

La desconsolada Matrona dió un grito de angustia; este grito fué:—“¡Hijo mio!”

Rodeado de verdugos, y precedido de dos ladrones de innoble figura, atados con cuerdas aparecía un hombre sin conservar apenas resto de figura humana. No se veía en él más que un rostro hinchado, unos cabellos y barba en desorden, bañados de sangre seca y reciente; ceñida la cabeza con horrible corona verde de juncos marinos, cuyas agudas espinas penetraban en el cráneo. El cuerpo del infeliz estaba encorbado bajo el peso de la cruz; sus pasos eran vacilantes, y á veces caía, lo que producía en la plebe y en sus verdugos excesos de ira.

La Matrona atravesó el grupo que rodeaba á la pobre Víctima, que acababa de levantarse, y se abrazó con El.

—¡Hijo mio!

—¡Madre mía!

Fueron los dos gritos que se oyeron, y la Madre y el Hijo se abrazaron por última vez.

—Al Calvario, al Calvario! gritó, ó mejor aulló la turba; y Jesús fué arrancado de los brazos de su Madre, y arrastrado á golpes y empujones hácia el Gólgota.

Las mujeres que acompañaban á María la recibieron en sus brazos; pero de pronto la Madre se levantó con esfuerzo sobrehumano, y dijo:

—Quiero verle morir; no le abandonaré mientras viva.

Y seguida de sus parientes Cleofé y Salomé y de María de Magdala, se dirigió al Calvario.

Allí estaba Jesús entre sus verdugos, aguardando la muerte.

En tierra estaba la cruz, hecha de dos troncos robustos; junto á la cruz había los clavos y los cordeles que habían de fijarle á ella.

Dos de los verdugos rodean á Jesús para despojarle de la túnica. Entónces los hermosos ojos del Hijo de Dios se fijaron con angustia en su Madre, como para pedirle auxilio, y las pálidas mejillas del moribundo se enrojécieron de vergüenza.

¿Temía acaso Jesús la muerte?

¡Ay, no! lo que temía era una desnudez afrentosa: y aquel Sér tan puro pedía, con su mirada desolada dirigida á su Madre purísima, un lienzo para cubrirse.

María comprendió la angustia de su Hijo, y rápida como el pensamiento arrancó de su cabeza el velo blanco de vírgen que la cubría, y lo dió á su Hijo; el cual, desatadas las manos, con aquel velo de pureza rodeó su cuerpo, y cubrió, antes de quitarle los verdugos la túnica, su desnudez.

Una sonrisa triste, acompañada de una lágrima de agradecimiento, fué el premio de la acción de María.

Un momento después oyóse un martillazo y un suspiro. El suplicio de la cruz había empezado.

Poco después, á la vista de toda Jerusalem, se levantaba la horrible cruz.

Entre gritos sin nombre y alaridos de dolor se crucificaba á Dimas y Gestas, los ladrones compañeros en el suplicio de Jesús; y el pueblo fiero aplaudía y se burlaba de las angustias de los crucificados, dirigiendo con preferencia sus insultos á Jesús.

Tres horas pasaron de agonía cruel.

Los cuerpos de los crucificados se debatían, pendientes de sus suplicios, en los horrores de la muerte.

Jesús había perdonado á Dimas, y encomendado su Madre á Juan, cuando el Padre Eterno desde su gloria llamó á su Hijo querido.

—¡Oh Padre mío! gritó el Hijo de Dios; encomiéndame en tus manos mi espíritu!

Y el cuerpo, como masa inerte, cayó únicamente sostenido por los clavos y cordeles que le sujetaban á la cruz.

Entonces la tierra retembló; el sol y la luna aparecieron á un tiempo teñidos como de sangre; huyó aterrorizada la infame plebe, perseguida por esqueletos que abandonaban sus sepulcros, envueltos en cenicientas mortajas. Parecía el fin del mundo, y el rayo continuo que cruzaba por el firmamento alumbraba aquella escena de desolación, la cual era no más que el preludio de los castigos que preparaba Dios al pueblo deicida.

Todos habían abandonado el Calvario.

Todos, nó.

María, en pié junto á la cruz de su Hijo, permanecía serena en su dolor, mientras las santas mujeres, sus compañeras, y Juan, el discípulo amado, postrados y con sus rostros en tierra estaban horrorizados, creyendo que había llegado el último día del universo.

Serenóse el cielo, y un rayo de luna dió de lleno sobre la cruz, y la envolvió como una aureola.

Blanco y hermoso pendía el cuerpo de Jesús, envuelto en el velo de pureza que le dió su Madre: diríase que habían desaparecido las huellas de los suplicios sufridos, y Jesús, el más hermoso de los mortales, parecía dormino colgado de la cruz. Allí se veía patente la Divinidad.

José y Nicodemus bajaron el cadáver de la cruz, y lo amortajaron con las aromas que Magdalena, la pecadora arrepentida, les proporcionó, y á los que ellos trajeron, envolviendo el santísimo Cuerpo con un lienzo nuevo de lino blanco.

María ayudó á los nobles varones y á sus compañeras á depositar á su Hijo en el sepulcro. No se le quitó el velo de pureza que ceñía su cuerpo, y con él se le sepultó.

Pasaron tres días, y María estaba sola en su aposento en la casa de Juan, cuando oyó una voz para ella conocida. Su corazón dió un salto en su pecho.

—¡Madre mía! dijo la voz.

—¡Hijo mío! dijo María.

Un Sér envuelto con una mortaja se apareció. Sacó un brazo entre el lienzo, y descubrió su cabeza. Era Jesús, más hermoso que nunca, y que resucitado se aparecía antes que á nadie á su Madre Santísima; y después de abrazarla con ternura, volvía á colocarle en la cabeza el velo de pureza que El ya no necesitaba para cubrir su vergonzosa desnudez.

La Vírgen María usó hasta su muerte el velo de pureza, que se cree fué el mismo que recibió al ser presentada en el templo de Jerusalem.

Después de su muerte, los Apóstoles guardaron esta preciosa reliquia, de la cual se hicieron dádivas á diferentes iglesias. Barcelona, según se cree, tiene la dicha de poseer un pedazo de este velo en su Santa Basílica; y el pueblo fiel que lo venera, refiere conmovido esta piadosa leyenda.

FRANCISCO DE P. CAPELLA.

María al pié de la Cruz.

I.

Negro, sombrío está el horizonte, como la conciencia de los deicidas.

Las estrellas esperecen á la mitad del día dudosa claridad sobre el universo asombrado, al lado de un sol falto de resplandores; brilla la luna en el firmamento, iluminando en la cima del Calvario el desenlace de la más horrible tragedia.

Desierto y silencioso está el lugar en que resonaron poco ha las blasfemias y los juramentos; algún apagado suspiro viene tan solo á interrumpir de vez en cuando la aterradora calma de la naturaleza.

A lo lejos, sobre un fondo de negrura, se divisan las torres y murallas de la ciudad maldita, y á lo largo del camino que á ella conduce se precipitan en confuso tropel soldados y verdugos, seguidos de un numeroso populacho.

—Jerusalen! Jerusalen! que traes estampado en tu frente el terrible anatema del Dios de las venganzas, bien así como traía impreso en la suya el signo de reprobación el fratricida Caín! ¡Generación insensata y descreída, de quien se han apoderado ya por justos juicios de Dios el endurecimiento y la obcecación!

II.

Ya se consumó el sacrificio. La víctima ha espirado ya sobre el altar.

Una Madre y un Discípulo velan solos al pié de la Cruz, el cadáver del Hijo y del Maestro.

¡María! vedla allí.

De pie, junto al afrentoso patíbulo del Hijo adorado, contempla con el corazón hecho pedazos, aquel cuerpo ungido ayer con unguento de nardo precioso, hoy afeado con el polvo y asquerosas salivas; aquellas manos que tantas veces se extendieron en favor del doliente y del afligido, taladradas y fijas con clavos, al sangriento madero; aquella cabeza antes noble, varonil y majestuosa, caída ahora lánguidamente sobre el pecho, desgarrada cruelmente con las espinas,

esparcidos en desorden los cabellos sobre la frente y espaldas.

Tal vez oyó aún gotear sobre la tierra la sangre de las recientes heridas, talvez vino á acrecentar sus sufrimientos el recuerdo de tiempos más dichosos, talvez se presentaron á su imaginación la cueva de Belén, los ángeles, los pastores y los reyes, las jornadas del desierto huyendo de la persecución, los goces del hogar doméstico en tierra extranjera, los milagros que acompañaron más tarde la predicación del Evangelio, el agua convertida en vino, los panes multiplicados, el hijo vuelto á la vida, el triunfo de Jerusalen y las afectuosas palabras de la última Cena.

¡Pobre Madre! Llorá, llorá, hija de David, que bien tienes por qué. Si lloró Jacob la supuesta muerte de José, si lloró Ana la ausencia de Tobías, si se oyó en Raama el llanto de Raquel por sus hijos que ya no existían, bien puedes llorar, Virgen santa, y desahogar en sentidas quejas la amargura de tu corazón.

III.

¡Oh vosotros todos, los que pasáis por el camino, atended y mirad si hay dolor semejante á mi dolor!

Quedado he como viuda la que fui en otro tiempo señora. Dejóme el Señor desolada, consumida de aflicción y tristeza, profundamente abatida, sin haber quien me consuele. Por eso estoy llorando y son mis ojos fuentes de lágrimas, porque está lejos de mí el Consolador que haga vivir el alma mía.

¿No habéis visto, hijas de Jerusalen, al Amado de mi alma? Confortadme, hijas de Sión, con flores, fortalecedme con olorosas manzanas, porque desfallezco de amor.

Mira tú, ó Señor, como estoy atribulada, conmovidas están mis entrañas, trastornado está mi corazón, henchido me han de hiel y de amargura. Cegáronse mis ojos de tanto llorar, quedado ha melancólica mi alma, pues he perdido la luz de mis ojos.

¡Jesús, Hijo mío! ¡Hijo mío, Jesús! ¡Quién me dira que yo muriese por tí! —F. S. S.

Camino del Gólgota.

Melancólico el sol con roja lumbre
Entibiaba las olas del mar Muerto,
Estaba ardiente el polvo del desierto,
Y se abrasaba del Tabor la cumbre.

Flotan en Siria lánguidas las palmas,
Y en Jericó desmáyanse las rosas;
Las horas pasan lentas y tediosas,
Y están inquietas en Salem las almas.

El Señor, entretanto, sin consuelo,
Y desangrado y con la Cruz al hombro,
Iba llenando de estupor y asombro
Al pueblo y á los ángeles del cielo.

Caminaba con paso vacilante
Entre soldados de robustas cotas,
En medio de mil lanzas y garzotas,
Y el triste Centurión iba delante.

Entre la grita y el tropel impío
De la insolente guardia pretoriana,
Caminaba el Señor esa mañana
Envuelto con el polvo del gentío.

Al cansancio rendido y desvelado,
Falto de fuerza á la fatiga cede,

Y en languidez mortal seguir no puede
Los grandes pasos del brutal soldado.

Cayó el Verbo en la arena desangrado
Y quedóse un instante sin aliento,
Pálido, sin color, sin movimiento,
Como la flor que deshojó el arado.

Se alzó por fin, y puesto á mil sonrojos
Bajaba el melancólico semblante,
Y solo á veces por algun instante
Tornaba al cielo sus llorosos ojos.

Entre negro terror y sobresalto
Al deshonrado Gólgota camina,
Y al grave peso de la Cruz se inclina,
Falto de sangre y de consuelo falto.

Cuando se acerca á tí la Virgen bella,
En sus ojos, Señor, tus ojos clavas:
Pero al mirarla, de dolor temblabas,
Y al mirarte temblaba también ella....

Piadosas á tu lado unas judías
Tu deshonra y suplicio van llorando:
¿Por qué no muestra corazón tan blando
El pueblo todo que escogido habías?

—“¡Ay, no lloreis por mí!, dices gimiendo,
Por vosotras llorad, y vuestros hijos:
Tiene el grande Jehová los ojos fijos
En Salem y en Gólgota tremendo.

“Si esto que veis le pasa al inocente,
Al Hijo mismo del Criador del cielo,
¿Qué esperanza le queda de consuelo,
Qué esperanza le queda al delincuente?”

“Un enemigo irresistible y duro
Os cercará de foso y de trinchera,
Matanza sin piedad habrá por fuera,
Matanza sin piedad dentro del muro.

“Temblarán la doncellas delicadas
De las armas romanas al estruendo,
Y de Jerusalén saldrán huyendo,
¡Ay! huyendo como aves espantadas.

“El extranjero, de piedad ajeno,
Con el pueblo será tan inclemente,
Que cruces faltarán para la gente,
Y para cruces faltará terreno.”

Manuel Carpio.

Descendimiento de la Cruz.

Ved esos dos hombres magnánimos, José de Arimatea y Nicodemus, verdaderos pontífices, primicias y modelos del sacerdocio cristiano. ¡Con qué sentimientos de ternura y de respetuoso temor en su corazón, con cuánta modestia, con cuánto recogimiento y con cuánta devoción acercan sus manos puras para tocar el cuerpo inmaculado de Jesucristo, el tabernáculo de la divinidad!

Ese cuerpo puro, flexible y odorífero, porque no es obra del hombre, sino la obra maestra de la virtud del Espíritu Santo; ese cuerpo exhala en torno suyo un perfume divino, y está como rodeado de una atmósfera celestial. Nicodemus, dice San Buenaventura, quita los clavos, y José recibe este cuerpo sagrado en sus brazos, y dichoso con tan preciosa carga, le estrecha contra su corazón.

María asiste á este acto de piedad y de religión con el corazón atravesado por la espada del dolor, pero con la frente serena, el semblante tranquilo y majestuoso, y la actitud sublime como convenía á la Madre de tal Hijo. De pié al lado de la cruz, dicen los intérpretes fundados en la autoridad de algunas crónicas antiguas, recibe primeramente en su seno los clavos que atravesaron cruelmente las manos y los pies de aquella Humanidad tan amada de su corazón: *Clavos qui extrahebantur, in sinu suo suscepit*. Ella recibe igualmente en sus brazos aquel cuerpo adorable, y le coloca en el mismo seno virginal que le habia lactado. Despues, toda absorta en tan sublimes misterios y como en el éxtasis del dolor, estrecha contra su seno la prenda tan amada de sus castas entrañas, y la ofrece al Padre Eterno por la salvación de todos los hombres: *Todo corpore circumfusa, membra illius amplexa est*.

Juan, el discípulo amado, se precipita sobre los divinos despojos, y reclina por segunda vez su cabeza virginal en aquel pecho sagrado, santuario del amor infinito, sobre el que habia tenido la dicha de reposar la víspera de la Pasión, y de donde habia recibido tantos secretos y tan celestiales delicias: *Joannes plorans cecidit super pectus Jesu*.

Magnalena toma en sus manos, riega con lágrimas y cubre de piadosos besos aquellos pies divinos inmóviles, de los que habia recibido en otro tiempo tanta contrición, tanta gracia, tanta paz y tanto amor: *Magdalena vero suscepit pedes, apud quos tantam gratiam olim invenerat*.

En una palabra, todas las personas santas y devotas presentes á esta triste ceremonia, las santas mujeres, el Centurión y sus soldados convertidos, se apresuran á porfía á tocar con una respetuosa ternura aquella carne divina, de la que emana un perfume y una virtud inefable, que infunden el consuelo y la paz en todas las almas.

Pero los misterios de Jesucristo, cumplidos de una manera perfecta, subsisten y se renuevan continuamente. Así pues, lo mismo hoy que en otro tiempo en el Calvario, todos los cristianos sin distinción de edad, de condición ni de sexo, deben tomar parte en la sepultura mística de Jesucristo, es decir en el sacramento eucarístico.

Todos deben ir á buscar al Señor á su altar, como al pié de la cruz, dispuestos á renunciar á todo para serle fieles; dispuestos á recibirle como si acabara de bajar de la cruz, á contemplar sus llagas y á besarlas con un amor mezclado de reconocimiento y de respeto, dichosos de reemplazar á las santas personas del Calvario, y de poder cumplir de una manera interior y espiritual los deberes de piedad religiosa, que ejercieron exteriormente aquellas personas con el cuerpo adorable del Salvador.

Porque la Eucaistía, segun la intención de Jesucristo que es su autor, no es otra cosa que el compendio y la memoria perpetua de los misterios de la muerte: *Hoc facite in meam commemorationem*.

P. VENTURA.

Oficios solemnes

DE LA SEMANA SANTA EN ESTA CAPITAL.

DOMINGO DE RAMOS.—A las seis de la mañana comienzan los oficios en las dos parroquias urbanas. En los de la parroquia de la Merced, la procesión sale de la iglesia de Remedios; en los de la del Calvario, la procesión sale de la iglesia de Candelaria.

En la antigua Catedral, llamada hoy la iglesia de El Rosario, los oficios de la Semana Santa se celebrarán con mucha solemnidad. La procesión de este

día saldrá de la iglesia de San José, como en los años anteriores.

Á las nueve de la mañana, despues de las *horas canónicas*, comenzarán los oficios de la Catedral. El Ilmo. señor Obispo, con la asistencia y acompañamiento correspondientes, hará de pontifical la bendición de Ramos y presidirá la procesión; y asistirá solamente á los demás oficios del día. La misa será cantada por el M. I. señor Canónigo Tesorero, y por la tarde hará la homilia, el señor Canónigo Dean, despues de los oficios piadosos acostumbrados.

Además, tanto en las dos parroquias como en la Iglesia de El Rosario, se predicará sobre el misterio celebrado en este día.

MARTES SANTO.—Á las cuatro y media de la tarde se hace por el Venerable Cabildo y el clero la procesión de San Pedro, y concluido el *Miserere*, sigue el sermón que será predicado por el señor Canónigo Tesorero.

Por la tarde tiene lugar la velación de Jesús Nazareno en la Merced, la cual termina á las ocho de la noche en punto.

MIÉRCOLES SANTO.—los oficios de la Catedral son á la hora acostumbrada y con la solemnidad litúrgica que les corresponde.

En la parroquia de la Merced hay solemnes cultos á Jesús Nazareno y por la tarde la procesión por las calles principales de la ciudad.

JUEVES SANTO.—Los oficios de las parroquias y de las otras iglesias comienzan á las seis de la mañana. Los de la Catedral á las ocho y media.

A la consagración de los Santos Oleos asistirá todo el Clero residente en la Capital, para desempeñar las funciones señalada á cada sacerdote en tan importante ceremonia. Este año se consagrarán aquí los Santos Oleos, que deben servir para las diócesis de Nicaragua y de Guatemala.

Á las dos de la tarde, su señoría Ilma. hará el *Mandato* y predicará la *homilia* correspondiente. Esto mismo se hará casi á la misma hora en las demás iglesias.

La estación, ó visita á los monumentos, que acostumbra hacer el Ilmo. señor Obispo con el Venerable Cabildo y el clero, se verificarán á las cinco de la tarde. Todas las demás estaciones deberán concluir á las nueve de la noche en cuya hora precisamente se cierran las puertas de todas las iglesias.

VIERNES SANTO.—Tanto en la Catedral como en las otras iglesias, los oficios comenzarán á la misma hora del día anterior.

A las once de la mañana hay sermón de Jesús Nazareno en la iglesia de San Esteban y despues sale la procesión del Vía-Crucis, que recorre toda la *calle de la amargura*. Llegado al Calvario, tienen lugar el sermón del descendimiento y la procesión del Santo entierro. Despues se se ordena fa de Soledad, que sale del Calvario y llega á la antigua Catedral ó iglesia del Rosario.

Tomando en consideración la hora de la noche en que termina esta procesión y los inconvenientes que desgraciadamente se han cometido en otros años por los que asisten á estos actos sin el espíritu religioso que ellos demandan, el Ilmo. señor Obispo y el V. Cabildo Eclesiástico han dispuesto, que se suprima este sermón en la noche del Viernes Santo, y que se predique en la tarde del sábado Santo en las iglesias donde se acostumbra hacer los *pésames* á la Santísima Virgen.

EL SÁBADO SANTO, se comienzan los oficios á las seis de la mañana en todas las iglesias.

San Salvador.—Imp de El Cometa.